

*Fleverunt eum omnis populus Israël planctu magno, et dixerunt: quomodo cecidit potens, qui salvum faciebat populum Israël.*

Ex lib. I. Machab. cap. IX. V. 20 et 21.

Todo el pueblo le lloró amargamente, y dixo: cómo ha muerto este caudillo valiente, que defendía á Israel!

#### EXC.<sup>MOS</sup> SEÑORES: \*

¿Aun quedaba que sufrir esta herida á nuestro gravísimo dolor? ¿Todavía era preciso que derretidas la mirra y el acíbar rebohasen, cubriendo las membranas sensibles de nuestro delicado corazón? En fin, ¿era necesario que apurásemos hasta las heces el funesto cáliz de la amargura y aflicción? ¿No bastaba haber llorado sobre esas nuestras naves, antes tan hermosas, ya dismanteladas y deshechas, siendo á nuestra vista juguete de la naturaleza y la fortuna, causando lástima al espíritu mas fuerte y varonil? ¿No era suficiente haber sido casi espec-

\* El Teniente General Don Juan Moreno, el Almirante Rosilly, el Contra-Almirante Gourdon, y los Tenientes Generales Don Ignacio María de Alava, Don Antonio de Escaño y Don Joseph de Córdoba.

tadores de la sangre que vertian nuestros conciudadanos, tiñendo nuestros mares; haber bañado con nuestras lágrimas sus respetables despojos, y recogido con nuestras propias manos las tristes reliquias de los náufragos que cubrian nuestros hermosas playas?

¿Acaso podia exigir mas nuestra desgracia, que oír los ayes y lamentos de los heridos y mutilados en el mas duro de todos los combates, ver los maltratados cadáveres de nuestros amigos y aliados, palpar la muerte de nuestros sabios y valientes guerreros; y á pesar de esto el enemigo á nuestros ojos haciendo conquistas miserables en medio de la melancolía de los cielos, de la confusion de las nubes, de la revolucion de los vientos, del rugido medroso de los mares, y del riguroso catástrofe con que nos asustaban todos los elementos? Quando solo nos restaba un débil consuelo, una pequeña esperanza, ¡aun aquel ha de acibararse, y esta perderse, pagando así al dolor el último tributo!

Ay Señores, ¡qué es esto! Espada de mi Dios ¿por qué no descansas? ¿por ventura se esgrimirán tus filos contra el pecho español hasta el exterminio? ¡que sé yo! Pero al fin, ¿es indispensable que despues de mil tristes alegrías, quando ya parece que debia desahogarse el corazón, vuelva á sufrir en un solo golpe la reproduccion de quanto le afligia

y atormentaba? Yo no quisiera decidirlo: mas esta pompa fúnebre que hiere nuestra vista, esos trofeos militares que la decoran y engrandecen, este luto que cubre las paredes del templo, las endechas lúgubres de sus Ministros, la palidez de los semblantes, vuestro general llanto, todo me hace exclamar, confirmando mi pensamiento, ¡cómo es que ha muerto el caudillo valiente que defendia á Israel! ¡Cómo es que ha fallecido el hombre de nuestra confianza, exemplo de religion y patriotismo, y que por tan nobles qualidades dominó sin violencia nuestro corazón! ¡Al fin su herida fué insanable, y desapareció de nuestros ojos para jamas volverle á ver! ¡Ah! triunfaron de su vida las balas enemigas, arrebatándonos en ella..... ¿qué podré decir ya sin que se anticipe á la expresion de mis labios las de vuestras lágrimas y dolor?

Si os acordais de la escena trágica (1) de nuestras armas navales sobre Trafalgar; si de sus resultas visteis herido y tronco á nuestro General Federico, y si haceis memoria de aquel valeroso Macabeo, á quien perdió Israel en combate no desigual, ¿quién podrá dispensarnos ni dispensarme de una exclamacion que por todos títulos debe ser tan igual? La virtud y la desgracia de uno y otro fueron muy semejantes: en torno de sus sepulcros se congregan las virtudes civiles y morales para llorarlos. Si allí

pues á presencia de su cadáver, recordándolas, no hay mas expresion que los suspiros, ni otra voz que decir: ¡ cómo ha muerto este hombre que salvaba á Israel! ¡ quién prorrumperá aquí en expresiones ni voces diferentes?

¡ Oh muerte! nada hay mas duro que tu imperio: ese pie yerto, que lo mismo pisa la pobre cabaña del humilde pastor que el alto solio de un sublime Monarca, nos sorprende: esa mano pálida á cuyo impulso no resiste ni la pluma del sabio, ni la espada invencible de los conquistadores, nos asusta: esa voz ronca, cuyo eco formidable entorpece los alientos y hiela toda sangre, nos confunde: ese ceño adusto, que no conoce la templanza, no respeta condicion ni persona, no distingue entre la perversidad y la virtud, entre la sabiduría y la ignorancia, nos abisma: ese negro cetro, por último, que dominando en todas partes, nunca es vencido, y siempre destruye y aniquila, aterra hoy nuestro espíritu, señoreándose sobre un despojo, que casi acusa tu despotismo é injusticia.

Si tu espada atrevida nos privase de un hombre indiferente, ó ya inútil, ó bien nuestro enemigo; aun si una virtud tan comun como infecunda hubiese sido ahora el pábulo de tu grande ambicion, enmudeceríamos á proporcion, respetando y temiendo tu dominio. Mas quando nos robas una vida en

quien se depositaban mil vidas; una alma que apenas ostentaba la miseria precisa del grosero cuerpo que la envolvía; un hombre en quien se unieron sin disgusto la probidad con la nobleza, la verdad con la política, el valor con la piedad, los honores con la afabilidad, la grandeza con la sencillez, el desinteres con la justicia, la humildad con la espada, y la moderacion con el poder; ¡ qué otro mas inocente desahogo puede permitirse al corazon sensible, sino el amargo llanto de su pérdida, detestando aquel golpe cruel con que lo hicistes desaparecer á nuestra vista?

Así lo hizo Israel quando sufrió la del mas valiente entre sus Generales; lo lloró amargamente: *Fleverunt eum omnis populus Israël planctu magno*; y la consideracion de sus virtudes le obligó á exclamar arrebatado, ¡ cómo es que ha muerto este guerrero, que tantas veces fué la defensa de nuestro pueblo! *Et dixerunt: quomodo cecidit potens, qui salvum faciebat populum Israël!* De este modo alababa su vida y lloraba su muerte. Y ¡ podré yo hablar de otra manera, considerando el objeto de la triste ceremonia que nos reúne en este augusto templo? Nada me queda que añadir al dolor y las lágrimas, expresado el uno y sensibilizadas las otras con la exclamacion de Israel, sino un elogio digno de su valor.

¡Pero ah! mi alma no es tan fecunda y eloqüente, que pueda concebirlo y pronunciarlo segun su mérito. Sus virtudes civiles, morales, militares y políticas forman una coleccion tan brillante, que mis débiles luces casi se sofocan con su esplendor. Miro su religion, y me edifica; miro su patriotismo, y se lo envidio: ¿qué General, pues, será mas acreedor á los grandes elogios, que el que en vida y en muerte todo fué de la patria y de la religion?

Tal fué el mérito, la conducta y verdadero carácter del Excmo. Sr. D. Federico Gravina, Caballero Gran Cruz de la Real Orden Española de Cárlos III, Gentilhombre de Cámara de S. M. con exercicio, de las Ordenes Militares de Santiago y Calatrava (2), Capitan General de la Real Armada, sobre cuyas cenizas lloramos, y tal el obsequio fúnebre que á presencia de los altares consagro yo en este momento á su memoria. Vivió para la religion y para la patria: murió entre los laureles de la patria y las dulzuras de la religion. La serie de su vida será la mejor prueba y su mas ordenado panegírico.

No espereis, Señores Excmos., que haciendo yo por él un riguroso paralelo de la suya con la del valiente Macabeo, os lo pinte baxo tales colores, que podamos apellidarle en lo moral un justo, ni en lo militar un héroe como aquel. Os engañais

ciertamente si creéis que he de canonizarle en una y otra línea. Ni os referiré los prodigios de una perfeccion consumada, ni ménos escuchareis conquistas portentosas, triunfos admirables, ó victorias tan señaladas, que hagan época memorable en la historia de la Nacion. Vereis sin embargo el noble exercicio de las armas emprendido con valor, tratado con fidelidad, manejado con exâctitud, desempeñado con actividad, sostenido con firmeza, y santificado por la piedad en medio de las revoluciones de los pueblos, de los formidables ataques de los enemigos, y aun de los terribles reveses de la fortuna misma.

Vereis un hombre de bien aplaudido de los propios y extraños: un christiano que hace brillar su fé en todos sus destinos: un militar que pospone su vida á los intereses de la Nacion: un hombre de Estado, cuya sabia política le ganó la estimacion de los pueblos y los Monarcas; y un hombre en fin, cuya vida consagrada por este órden á la religion y á la patria, le grangeó en su muerte las dulces recompensas de la patria, y las miradas alhagüeñas de la religion. Ya veis que es grave su pérdida, justo vuestro llanto, y que con razon se expresa mi dolor exclamando: ¡Cómo es que ha muerto este valiente General, siempre sacrificado por la defensa de Israel! *Quomodo cecidit potens, qui salvum faciebat populum Israël!*

No permitais, Señor, que un Ministro de vuestro templo que me hoy en sus aras el incienso profano de la adulacion; ni que sus labios, consagrados á la verdad, se sacrifiquen vilmente á la mentira, ni aun á aquella hipérbole que detesta la razon. Séquese mi diestra al instante; quede mi lengua pegada al paladar, si olvidado del ministerio augusto que profeso, voy á confundirme con aquellos Oradores profanos, que hacen servir su eloqüencia á los libres entusiasmos de su imaginacion. ¿Tendré el atrevimiento de excederme calificando el mérito de un hombre ante Vos, que sois solo el que penetráis los espíritus, y teneis la medida justa de nuestro corazon?

No lo penseis de mí, oyentes, si os debo algun concepto, y si quereis juzgarme con alguna rectitud:

*Ne, quæso, id de nobis existimetis, si quid dextri existimare vultis.* Nada os diré que no tenga muy averiguado, que os sea desconocido, y de cuya verdad no puedan deponer aquí mismo muchos oculares é imparciales testigos. Os haré llorar á Federico alabando su mérito; pero ni lo llorareis mas allá de lo que es justo, ni me excederé injustamente en su alabanza: *Nam nec eum qui discessit, amplius quam par sit lugebimus, nec in eo laudando modum ac decorum excedemus.* Así lo protestaba el Nacianceno (a) exôr-

(a) S. Gregor. Nazian. Orat. pro Cæsar. n. 2. edit. Colen.

diando la oracion fúnebre de su hermano Cesario; y así os lo previene mi ingenuidad al principiar el elogio de nuestro Excmo. General. Estad atentos.

Si bien es cierto que una ciega filosofia ha querido persuadir que la piedad es como antípoda del valor, y que las virtudes del christiano no son muy compatibles con la ocupacion de un militar; tambien es evidente, Excmos. Señores, que la noble profesion de las armas queda envilecida baxo tan libre dictámen, y que solo hallará acogida su sentencia ó en una razon extraviada, ó en una voluntad corrompida. Ni este digno y necesario exercicio puede reputarse como un delito, decia S. Agustin (a), ni jamas debe ser un escudo para cometerlo. Es una dignidad; y mientras no se equivoque la milicia con la malicia, la honestidad y la virtud es el primer distintivo de todo christiano militar: *Nemo de occupatione militiæ conqueratur: apud omnem christianum prima honestatis debet esse militia.*

Los verdaderos intereses de la patria, á que se consagra por oficio, son hermanos de los sagrados de la religion que la anima; y si su valor por ella no es mas que una fiereza de temperamento, ó un vivo ardor de sangre estimulado por la ambicion ó por la gloria, será una virtud en medio del combate; pero fuera de él, destituido de sabiduría, de

(a) S. Aug. tom. 5 magnæ edit. serm. 82. in appendice.

probidad, de madurez y circunspeccion, será una rusticidad de costumbres, una pequeñez del espíritu, y una puerilidad del corazón.

Dexemos enbuenhora las ternuras y fervores de la piedad para aquellas otras clases del Estado, que militando solamente para Dios, nunca deben mezclarse en los negocios del siglo. Mas ¿podrá justificarse un soldado ni ante Dios ni ante el siglo, en cuyo corazón no residan la rectitud, el culto de su Dios, el respeto á su templo, los deberes esenciales de su fe y de su ley, y aquella probidad inalterable con que, aborrecidos los vicios, resplandece en el hombre la virtud, y es un objeto amable para la religion y la razon? Queremos, exclamaba aquel Padre (a), que los profesores de la milicia lo sean igualmente del Evangelio: *Volumus et milites audire Evangelium*; y así quando escribió á un Príncipe guerrero intimándole: “Amarás á Dios le de-  
“cia (b): no amarás al mundo, serás fiel en la guerra,  
“procurarás la paz, de tus bienes harás bien, y nun-  
“por ellos harás mal.”

Esta fué la instruccion que recibió de su pluma Bonifacio: este el retrato de un soldado que ha de vivir tanto para la religion como para la patria; y ¿acaso no es esta la mas viva pintura del Excmo.

(a) Id. ibid. serm. 302 in solemnit. Sancti Laurent. cap. XVI.

(b) Id. tom. 2. ejusd. edit. epist. 220 ad Bonif. n. 12.

Gravina nuestro difunto General? Estoy cierto de que ni la ignorancia podrá obscurecerla, ni la maledicencia tendrá atrevimiento para desfigurarla.

Lo mas bello de la Sicilia estaba destinado para su patria. Palermo, esta antigua y hermosa ciudad, madre felizmente fecunda, que dió tan apreciables hijos á la República y á la Iglesia, como célebres ornamentos en ambos sexos al Cielo mismo, le preparó su origen; pero tan alto, tan ilustre, tan distinguido, que no se puede descender á su exámen sin que deslumbren los resplandores de su cuna. Cetros poderosos, coronas brillantes, espadas respetables, Reyes, Príncipes, Grandes, Duques, laureles, timbres.....

Pero ¿adonde voy yo sin prescindir en el santuario de estas genealogías célebres é infinitas, cuyo principio es una providencia, su conservacion un acaso, su fin el polvo, y su investigacion para el mérito, como dixo el Apóstol (a), siempre es vana é inútil? La menor alabanza de nuestro Federico es haber provenido de la antiquísima y regia estirpe de los Príncipes Normandos, conquistadores de la Sicilia (3), y circular por sus venas la esclarecida sangre de su Rey Martino. Solo á la vanidad pertenece el elogio de sí misma. Si radicado en su co-

(a) Div. Paul. I. ad Timoth. cap. I, v. 4, et ad Tit. cap. III, v. 9.

razon este árbol frondoso no hubiese dado en su persona los frutos sazonados que produxéron á la Religion y al Estado las florecientes ramas de los Jacobos y Gilbertos Gravina; poco importára que allí mismo hubieran quedado yermas sus raices. Pero no fué así. Cúpole en suerte, como Salomon se explicaba (a), una alma buena, donde plantada con cuidado la semilla de la virtud, creció sin bastardía, y progresó con vigor, hasta no borrar torpemente ni aquella noble imágen con que la selló Dios, ni aquella insigne divisa con que en el mundo era conocida.

Con efecto, un genio vivo, libre de preocupaciones y engreimiento, ageno de la vanidad y del egoismo, amante de las letras y las armas, acompañado de un corazon dócil, obediente, moderado, sencillo, y cultivado por una educacion prudente y pia, no le permitia ser accesible sino á la probidad, al estudio y á la virtud. Séame testigo el Colegio Clementino de la gran Roma, Seminario de la juventud mas ilustre, donde fué alumno; donde los premios públicos lo condecoran y distinguen, y donde los testimonios de su conducta trasladan á mis labios aquellas mismas cláusulas (b) que el célebre Nacianceno escribía de César, “¿Quién mas fiel que

(a) Sapient. cap. VIII, v. 19.

(b) Orat. pro Cæsar. n. 7 et 8.

“él á sus superiores? ¿quién mas amable para con “sus iguales? ¿quién huyó mas que él la sociedad “de los viciosos, que pudiera mancharle? Por otra “parte, ¿en qué género de doctrina no procuró instruirse para desempeño de la profesion militar á “que aspiraba?” Los idiomas cultos, las Matemáticas, la Física, la Geografía de la tierra y de los mares, la Historia, las nobles Artes, aun la Jurisprudencia: *¿Quodnam doctrinæ genus non peragravit?*

Así adornado de estos conocimientos viene á España para servir en su Marina Real. ¿Podrá augurarse mal de un jóven tan ilustre, enriquecido de ciencia y probidad? No, Señores. Con mas verdad que Alcimo en Siria (a) se presentó en nuestro reyno, asegurando ser fiel á su Monarca, y que procuraria la utilidad de sus vasallos. *Primo quidem utilitatibus Regis fidem servans, secundo autem etiam civibus consulens.* Aquel venia defraudado de las glorias de sus padres: *Defraudatus parentum gloria buc veni:* este por el contrario con todo el esplendor de la Grandeza de España de primera clase (4), que su padre conserva: aquel se manifiesta como un extranjero sospechoso, de quien no se habia visto algun servicio; este como natural de estos paises en virtud ya del origen que en ellos tiene su

(a) Lib. II Machabæor. cap. XIV, v. 7 et 8.

casa por los Requeuseus, Moncadas y Cruillas de Cataluña, y ya porque sus mayores hicieron por nuestra Corona los mas generosos sacrificios (5) en Sicilia. Desde Felipe V se nos dixo por él (6) y su familia: *Advena sit inter vos (a) quasi indigena; y jamas lo desmintió entre nosotros ni su religion ni su patriotismo.*

Dad si no una ojeada por todas sus graduaciones y destinos: vereis un militar, pero militar que busca á Dios en la sencillez de su corazon, que lo adora en verdad y en espíritu, que respeta su templo, que hace un grande aprecio de sus Ministros, que se acerca con freqüencia al altar para participar de los Sacramentos, que diariamente exerce su piedad, que no la oculta ni á su igual ni á su súbdito, y que no conoció mayores enemigos que la disolucion y la hipocresía. ¿Son estas señales equívocas de su amor hácia Dios y zelo por su culto? *Diligas Deum.*

Vereis un militar que aborrece los espectáculos profanos, las diversiones licenciosas, los placeres que corrompen, el juego que distrae, la deshonestidad, y la molicie que arruinan. Vereis á un militar siempre igual en medio de los honores que lo cubren, sin mudanza en su dulzura, sin fausto en su persona, que detesta el luxo, sin pompa ni aparato,

(a) Levit. cap. XIX, v. 34.

y sin alguna de aquellas esquiveces que producen el engreimiento ú el orgullo. La filosofía de moda le fastidia, la adulacion le choca; en fin, los errores, los honores y plácemes del siglo parece no tuvieron sobre su corazon algun aliciente ni dominio: *Non diligas mundum.*

La guerra fué el teatro de su fidelidad: léjos de la traycion y la sospecha, la obediencia lo guia, jamas lo desampara, las intrigas le huyen, y ella encierra su vida en la obscuridad de un gran sepulcro: *In bellis fidem teneas.* No estaba en su arbitrio arrancar la paz al enemigo; pero siempre moderado y humano, ya ataque, ya sufra, la paz buscaba al traves de los mayores sacrificios: *Pacem quæras.*

Vereis un militar que casi vive pobre (a) en medio de las abundancias de su fortuna: *Est quasi pauper cum in multis divitiis sit.* Pero ¿es quizá porque las malgasta ú desperdicia? Hablad aquí, hospitales de los Departamentos de Marina: enfermos de la hospitalidad doméstica de esta plaza, levantad como podais el grito: familias honradas que viviais á sus caritativas y freqüentes expensas, ya es tiempo que depongais de su corazon liberal, de la compasion que le era propia, de las admirables efusiones de su caridad, de aquel uso pródigo que hacia en

(a) Proverb. cap. XIII, v. 7.